

MIL LINDAS CABECITAS EMPOLVADAS...

(a tres años del bicentenario de la revolución francesa)

Es sabido que las guerras y jornadas revolucionarias que azotaron a parte del mundo occidental a partir de los desgraciados sucesos de 1789, no fueron causados, en última instancia, sino por las ideas disolventes y subversivas que habían "iluminado" el siglo xvii y que durante el xviii fermentaron en un terreno social apto constituido por una nobleza decadente y una burguesía ambiciosa e irresponsable. Durante el Siglo de las Luces, las ideas más audaces, las sátiras más corrosivas contra la sociedad eran temas favoritos de los salones de la nobleza. De una nobleza con suficiente holgura económica y tiempo libre, y también con suficiente irresponsabilidad como para pasar horas enteras aplaudiendo un conjunto de ideas que la llevarían al cadalso. Como recuerda Pierre Gaxotte en su obra "La Revolución Francesa", "En el siglo xvii se habían burlado mucho de los nobles; pero solamente por sus ridiculeses y flaquezas. Ahora se les atacaba en su honor, en su fortuna, en sus derechos, en su misma existencia; y son ellos los que animan a sus agresores, los que los halagan, los que crean su fama y hasta los que le dan de comer, como el conde de Artois y el príncipe de Condé alimentaron a Chamfort, quien en pago invitaba a la nación a que suprimiese a la nobleza, y trataba de tontos a los cortesanos y de ramerías a las señoras tituladas".

Toda esta labor corrosiva no fue nunca de conocimiento del pueblo, totalmente ajeno a las diversiones pseudo-filosóficas de salón. Pero sí cayó, en cambio, en manos de una alta y mediana burguesía ávida de obtener poder político y, llegado el caso, social, para ir así escalando posiciones, aunque fuera a costa del bien del país. De esta forma, llegado el caso, desataron la revolución sin reparar que ellos, junto a la misma nobleza que atacaban y de que se alimentaban, terminarían igualmente en la guillotina.

Si la historia no se repite, al menos los sucesos que la conforman muchas veces se repiten, y en forma alarmantemente semejante. ¿Qué puede apreciarse en el Chile de hoy, como en forma más o menos semejante en otros países del mundo occidental? Por de pronto una cierta burguesía aventurera e insignificante que, no teniendo mucho

que perder y pretendiendo disimuladamente obtener mezquinos beneficios individuales, no vacila en propugnar ideas y medios de acción revolucionarios, invocando para ello el supuesto respaldo de un pueblo que en realidad no entiende ni pretende entender todo un pandemium de pactos, referentes, fracciones y matices ideológicos de toda clase, que le parecen cada vez más como el verdadero "opio" que inescrupulosamente tratan de hacerle probar.

Pero eso no es todo. Junto a esa burguesía es posible ver actuar muchas veces, a ciertos sectores perfectamente identificados de la pseudo aristocracia nacional. Personajes para los que la gloria social que tuvieron sus ancestros o el éxito económico que obtuvieron sus antepasados, les da la ingenua confianza de que llegado el caso "sabrán dominar la situación". Unas veces, actúan inexplicablemente convencidos de lo que hacen; otras veces, su labor se inspira en un cierto resentimiento hacia la clase económica y social que los vio nacer; pero las más de las veces obran presos de un explicable —aunque no imperdonable— complejo que los impulsa a tratar de evitar, a cualquier precio el ser tildados "momios" o "derechistas". Da pena en verdad, ver cómo la postura que adoptan esos insignificantes representantes de la pseudo-aristocracia nacional, contrasta con la responsable y decidida que en cambio asumen los auténticos aristócratas nacionales; aquellos que, conscientes de que la nobleza o el dinero obliga, antes que releva de las responsabilidades sociales, son verdaderos "hidalgos", "hijos de algo", ya que en frase de Jaime Eyzaguirre, "es la virtud vivida el algo del hidalgo, y no su nombre ni menos su riqueza, cosa por demás tornadiza".

La acción subversiva y tendencialmente revolucionaria que realizan muchos sectores opositores de la fronda, es casi siempre extremadamente sutil. Incluso, muchos de sus actores continúan llamándose "derechistas", invocando una legendaria "tradición derechista" y fustigando a "todos los extremos, cualquiera sea el color". Pero no les es posible ocultar sus intereses y ambiciones políticas; y para lograr lo que desean, no trepidan en ir minando las bases de la autoridad política, distorsionan principios fundamentales de orden público y se desviven por la obtención inmediata de "elecciones" a cualquier precio, sin importarles para nada la democracia económica y social que la gran mayoría del país anhela y que necesariamente debe acompañar a la implementación de la democracia política plena. Incluso

más: el proceso de subversión ideológica excede muchas veces, al menos en la apariencia, el ámbito estrictamente político. El snobismo "mondaine" y el afán de "aggiornamento" llevan a ciertos sectores elitistas a caer ingenuamente en la tramapa tendida por el marxismo gramsciano, que busca "izquierdizar" las estructuras sociales como paso previo a la revolución. De esta forma, toda una industria cultural, montada incluso en ocasiones a nivel internacional —pensemos en el reciente "Chile Vive" organizado por el socialismo español— y siempre tendencialmente subversiva, presente en cierto "cine arte" y manifestada en bienales, ferias de arte, encuentros "culturales" con más aspectos de sociales y best-sellers "progresistas" o claramente "comprometidos", como algunos de la izquierda latinoamericana, es financiada profusamente por ciertos sectores pudientes cuyas fortunas se hicieron muchas veces al amparo del capitalista sistema que luego tratan de minar, y junto a eso, es respaldada y aplaudida periódicamente por algunos medios de comunicación, empapándose así de un "ethos" izquierdista, todo un "mundo cultural" del que cierta "derecha", con snobismo y ceguera históricos, no desea sentirse ajena...

Se repite, pues, hoy día, el fenómeno y los sucesos que precedieron al año 1789: quienes detentan poder económico, y quienes incluso tienen poder social, juegan irresponsablemente con las ideas, sin reparar en que el título de "intelectuales" lo habrán adquirido a un precio altísimo que tarde o temprano tendrán que pagar. Como recordaba Pierre Gaxotte: "mil lindas cabecitas empolvadas se embriagan con las teorías que las harán rodar al cesto del verdugo...".

JOSÉ MIGUEL LECAROS*.

Ayudante de Derecho Político, Facultad de Derecho, Universidad de Chile.